

# Tras la Naturaleza de la Verdad

505

6/5/18

por Sebastián Salazar Bondy

Que la literatura peruana no cuente con novelas y novelistas es algo tan alarmante como que el país no tenga suficientes carreteras, médicos, alimentos, etc., y quizá algo más grave aun. La afirmación puede parecer arbitraria si se considera que la novela — que la literatura narrativa — es un juego o un adorno. Sin embargo, si uno se pregunta a conciencia, a fondo, cómo lo ha hecho Alan Pryce-Jones, notable escritor inglés, qué pretende el hombre hacer cuando emprende la ejecución de una novela, aquella conclusión ha de tener resonancias dramáticas. "Las novelas se escriben — afirma dicho autor británico — no porque un escritor tenga un cuento que contar, sino porque lo atormenta la naturaleza inabismable de la verdad...". Se trata de una aspiración religiosa, metafísica, trascendental en todo caso, y la ausencia de esa inquietud es testimonio de que algo falla, de que se tiene mutilada o atrofiada alguna facultad esencial, de que se está de espaldas a lo propio y a su circunstancia. Este aserto puede extenderse a la carestía de lectores de novelas.

¿Cómo es — puede uno preguntarse — que la motivación central del novelar puede determinarse como el deseo de aprehender "la naturaleza inabismable de la verdad"? El mundo es diverso, complejo, vasto, y la vida se esparce en él demasiado, diluyéndose, multiplicándose, enredándose, hasta formar una trama en la que cada hilo va y viene caprichosamente. Las relaciones humanas (individuo a individuo) proponen y realizan infinitas combinaciones, las que a su vez se mezclan y entran a otras. El laberinto real es más terrible que el que cualquier ficción puede imaginar, y en él, en el caos

de nudos, evoluciones, lazos y conflictos, el hombre se pregunta qué es lo cierto y qué es lo falso. El novelista, entonces, es el que sigue un hilo de la peripecia mundana en la idea de que es el principal y de que en su curso deberá hallar la verdad que le preocupa. El tema que elige el narrador es el pretexto: las aventuras, por ejemplo, de un alucinado que se cree caballero andante. Los resultados de esa indagación son las grandes respuestas: la



locura, el amor, la religión, la sociedad, etc. quedan develadas al punto que el libro es eterna fuente de sabiduría. En suma, llamamos "El Quijote" a un texto en donde reposan verdades que es imposible expresar en una simple sentencia.

"Mientras la gente quiera explorar la verdad — concluye Pryce-Jones — acerca de sí misma, es probable que se escriban novelas". En el Perú, en América, la novela no menudea como en Europa o los Estados Unidos. Se puede pensar que hasta hoy el hombre de aquí no se ha interrogado a sí mismo ni ha tenido interés en saber qué se esconde en sus semejantes. Se dirá que hasta

hoy ha estado estupefacto, sorprendido de lo que tiene en torno o abrumado por la tarea que se le presenta por delante, pero eso mismo es trasunto de nuestra condición infantil. El niño está asediado por los accidentes, no por las esencias que ellas ocultan o disimulan, y éstas no le interesan pues no sospecha que existen. La adultez, quizá, está señalada por la aparición de la vocación investigadora. Y el novelista es, ante todo, un investigador. Hay algunos — y la novela norteamericana tiene ejemplos evidentes al respecto — que ni siquiera son artistas, lo cual no importa. De ahí que ciertas novelas hayan comenzado por ser informes, documentos absolutamente técnicos, para terminar en narraciones arrebatadoras por el cúmulo de verdades develadas a lo largo de su elaboración. El hombre de la América Latina no ha tenido tiempo de sobreponerse y lanzarse por entre el tejido vital para conocerse, para reconocerse.

Hay indicios que la etapa previa está llegando a su fin y que en adelante el latinoamericano — y el peruano en él — va a emplear la novela como instrumento de conocimiento de la verdad. Entre nosotros, para no citar los casos de otros países del continente, hay un desperdicio de relato corto que es prueba del advenimiento de la novela, anunciada ya por Arguedas, Alegría, Vegas Seminario y otros, pioneros éstos del esfuerzo metafísico que entrafía el narrar, es decir, el recorrer la tela que entreteje la gente en su existencia en pos de la verdad que individual y colectivamente cada uno lleva consigo. Y eso debe celebrarse tanto como el trazo de un nuevo camino, como la fundación de nuevas escuelas, como cualquier avance de lo que denominamos progreso.